



ERIC FRATTINI

¿MURIÓ HITLER EN EL BÚNKER?

No hemos sido capaces de
descubrir una pequeña evidencia
tangible de la muerte de Hitler

DWIGHT D. EISENHOWER



ERIC FRATTINI

¿MURIÓ
HITLER
EN EL
BÚNKER?

No hemos sido capaces de
descubrir una pequeña evidencia
tangible de la muerte de Hitler

DWIGHT D. EISENHOWER

,

© Eric Frattini Alonso, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal 662-664
08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: mas!gráfica
Foto autor: Jorge Puente
Fotografías y documentos de cubierta e interior: archivo autor
Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-9998-474-2
Depósito legal: B. 2.877-2015

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. Entre la verdad, la leyenda y la ficción	11
1. EL ACTO FINAL Y EL PRINCIPIO DE TODO	29
2. A LA CAZA DE LOS INQUILINOS DEL BÚNKER	50
3. EL MISTERIOSO VUELO DE HANNA REITSCH	70
4. EL CAPITÁN BAUMGART Y SU VUELO SECRETO A TØNDER ...	86
5. <i>DOPPELGÄNGER</i> , LOS EXTRAÑOS E INCREÍBLES CASOS DE LOS DOBLES DE HITLER	108
6. OTTO WERMUTH Y EL U-530	128
7. HEINZ SCHÄFFER Y EL U-977	155
8. EL MITO DE LA <i>DEUTSCHE ANTARKTISCHE</i>	178
9. <i>SÜDAMERIKA</i> , PARAÍSO NAZI	204
10. DE CRÁNEOS, DENTADURAS Y ADN	230
11. DE LA OPERACIÓN <i>MITO</i> A LA OPERACIÓN <i>ARCHIVO</i>	256
BIBLIOGRAFÍA	281
ARCHIVO DE DOCUMENTOS	289

1

EL ACTO FINAL Y EL PRINCIPIO DE TODO

«¿Cómo puedo dirigir los movimientos de las tropas en la batalla decisiva alrededor de Berlín, si estoy pensando en ponerme a salvo? Decidirá el destino si tengo que morir en la capital o si puedo encontrar refugio en el último momento», dijo Hitler a su entonces ministro de Armamento, Albert Speer¹. Realmente aquella noche del 30 de abril de 1945, sería el comienzo de algo y no el final de todo.

La historia sobre los últimos días de Adolf Hitler es bien conocida por la versión dada por historiadores como Hugh Trevor-Roper, Joachim Fest, Robert Payne, James O'Donnell, Alan Bullock, Sebastian Haffner, Anton Joachimsthaler, Michael Musmanno o Arnold Toynbee, entre otros. Lo curioso es que ninguno de ellos presenta en sus ensayos pruebas documentales o de cualquier otro tipo que confirmen el suicidio del Führer en el búnker. Todos sin excepción continúan sus estudios siguiendo la línea marcada por *Los últimos días de Hitler* escrito por Hugh Trevor-Roper. Incluso Musmanno, que sí entrevistó a varios supervivientes del búnker para su libro titulado *Ten Days To Die: the authoritative and dramatic story of Hitler's mad finale told for the first time in this sensational account drawn from direct eye-witnesses*, prefiere seguir la directriz marcada por Trevor-Roper. Pero curiosamente ninguno de ellos puso en duda la versión del historiador británico, ni siquiera en los datos erróneos recogidos por Hugh Trevor-Roper en su informe y en su posterior ensayo sobre los últimos días del Führer.

¹ Albert Speer, *Memorias del Tercer Reich*, Plaza & Janés, Barcelona, 1973.

Trevor-Roper comete un grave error de investigación con respecto a la boda de Hitler y Eva Braun. La ceremonia oficiada por el juez de paz Walter Wagner, comenzó el domingo 29 de abril, pero cuando finalizó eran ya las 00:25 de la madrugada del lunes 30 de abril. Wagner no se dio cuenta al escribir la fecha en el certificado y Trevor-Roper tampoco se dio cuenta del error durante su investigación. También existe entre los diferentes historiadores bailes sobre la hora exacta a la que Hitler se suicidó. Algunos de ellos, incluido Trevor-Roper, afirman que fue sobre las 3:15 de la madrugada del 30 de abril. Michael Musmanno habla de la «hora del almuerzo» y Robert Payne de las 14:30. Rochus Misch, el último superviviente del búnker, habla en su libro *Yo fui guardaespaldas de Hitler*, de las 15:30 horas de la tarde del día 30². Traudl Junge, secretaria de Hitler y que permaneció en el interior del búnker hasta el final, habla en su biografía titulada *Until the Final Hour: Hitler's Last Secretary*, que ella almorzó con el Führer a las 14:30 del 30 de abril, por lo que es poco probable que Hitler se suicidara esa misma madrugada como afirma Trevor-Roper³.

Tampoco acierta el historiador británico con la vestimenta de Eva Braun. Él y Musmanno afirman que llevaba un vestido negro, oscuro el día de su muerte; Günsche o Payne hablan de un vestido azul de pequeños topes blancos, mientras que Misch habla de un vestido azul marino con apliques blancos en forma de pequeñas flores. Ya no hablemos del famoso disparo, que supuestamente acabó con la vida de Hitler y que nadie oyó. Ni Traudl Junge, ni Gerda Christian, ni Rochus Misch, ni Erich Kempka, ni siquiera Heinz Linge, que se encontraba junto a Otto Günsche, en la misma puerta de las estancias de Hitler en el búnker, oyeron disparo alguno. James O'Donnell publicó el libro *The Bunker: The History of the Reich Chancellery Group*, basado en sus entrevistas a cincuenta testigos supervivientes del búnker, entre 1972 y 1976. Erich Kempka, el chófer de Hitler, le reconoció a O'Donnell que no estaba en el interior

² Rochus Misch, *Hitler's Last Witness: The Memoirs of Hitler's Bodyguard*, Frontline Books, Chicago, 2014. [*Yo fui guardaespaldas de Hitler. 1940-1945*, Taurus, Madrid, 2006].

³ Traudl Junge, *Until the Final Hour: Hitler's Last Secretary*, Arcade Publishing, Nueva York, 2005. [*Hasta el último momento. La secretaria de Hitler cuenta su vida*, Quinteto, Barcelona, 2005].

del búnker y que por lo tanto no pudo escuchar el disparo. Cuando el escritor le recordó que en 1945 había dicho lo contrario, el chófer del Führer respondió: «Ahora es 1974. En aquel 1945, dije solo lo que los interrogadores querían escuchar»⁴.

Tampoco se ponen de acuerdo en dos hechos importantes: la posición de los cuerpos de Hitler y Eva Braun tras suicidarse ni en la entrada del disparo en el cráneo del Führer. Con respecto al primer punto, Otto Günsche asegura en 1950 que estaban sentados uno al lado del otro, en el sofá. En 1960 da otra versión al afirmar que Hitler estaba en la silla, sentado, Braun acostada en la silla. Heinz Linge afirma que estaban sentados en lados opuestos del sofá. Braun a la izquierda. El chófer, Erich Kempka, asegura que ambos estaban en el sofá. Hitler acostado, Braun sentada. Trevor-Roper asegura que Hitler y Eva Braun estaban acostados uno al lado del otro, en el sofá. No se ponen de acuerdo. Con respecto a la entrada del disparo en la cabeza de Hitler, Günsche aseguró en 1950 que entró por la sien derecha, pero diez años después, el mismo Günsche declara que no hay datos al respecto. Linge afirma que el disparo entró por la sien izquierda, mientras que Kempka y Trevor-Roper defienden de forma tajante que el disparo entró por la boca. Curiosamente, Erich Kempka cambia su versión cuando declara a la agencia United Press, el 20 de junio de 1945, que «el auxiliar, que se llama Günsche, encontró a Hitler con un balazo en la cabeza y a Eva con otro en el corazón. Ambos cuerpos estaban sobre un sofá. Se había empleado para el hecho una pistola Walther de siete milímetros». Ni siquiera para dos datos tan importantes como estos, los testigos, investigadores e historiadores se ponen de acuerdo⁵. Leyendo los libros escritos por diversos historiadores y en los que se han basado las películas que han llegado hasta nosotros en estas últimas décadas, podemos afirmar que existen hasta seis variantes sobre la muerte de Hitler: ingirió veneno y se disparó con su pistola, ingirió veneno pero no se disparó, se disparó pero no tomó el veneno, se disparó y luego fue rematado, alguien disparó a Hitler, o uno de sus dobles fue asesinado aquel 30 de abril.

⁴ James P. O'Donnell, *The Bunker: The History of the Reich Chancellery Group*, Da Capo Press, Nueva York, 2001. [*El búnker*, Bruguera, Barcelona, 1976].

⁵ Jerome Corsi, *Hunting Hitler, New Scientific Evidence that Hitler Escaped Nazi Germany*, Skyhorse Publishing, Nueva York, 2014.

Lo cierto es que esta historia «oficial» se inicia el miércoles 25 de abril de 1945, en un búnker situado a varios metros bajo tierra de *Ciudadela*, el nombre en clave de la zona gubernamental de una Berlín asediada por las tropas soviéticas. Hitler estaba preocupado por su muerte. Curiosamente era el mismo hombre que había ordenado el asesinato masivo de millones de personas sin importarle lo más mínimo el sistema utilizado, pero para él quería algo rápido, eficaz y sin dolor. Al igual que Sigfrido, héroe de la mitología germánica, debía yacer en un lecho de fuego y su amada Brunilda (Eva Braun) debería yacer junto a él en la pira funeraria. Todo el mundo en el búnker sabía lo que debía hacerse para cumplir el último deseo de su Führer.

Aquella misma tarde a última hora llamó a Heinz Linge, su edecán, y le dio instrucciones muy precisas sobre cómo debería llevarse a cabo el acto final. Él se mataría de un disparo. Seguidamente Linge debería envolver su cuerpo, llevarlo hasta el jardín de la Cancillería, quemarlo hasta que no quedara absolutamente nada y comprobar que ni uno solo de sus huesos pudiera caer en manos soviéticas. Una vez que hubiera finalizado la incineración de su cadáver, Linge debía regresar al despacho del Führer, recoger «todo cuanto pueda suponer un recuerdo mío. Llévatelo todo, uniformes, papeles, todo lo que he usado, cualquier cosa que la gente pueda decir que ha pertenecido al Führer. Lo sacas fuera y lo quemas todo», le ordenó Hitler a su fiel escolta⁶. Curiosamente lo único que el Führer deseaba salvar entre los escombros de Europa era un retrato de Federico el Grande, pintado por el eminente retratista suizo Anton Graff y que adquirió tras su ascenso al poder. Este retrato del rey de Prusia era el objeto que más apreciaba de cuantos tenía y pidió a su piloto personal Hans Baur que lo pusiese a salvo fuera de Berlín⁷.

Heinz Linge recuerda en sus interesantes memorias *With Hitler to the End: The Memoirs of Adolf Hitler's Valet*, que Hitler le dio las instrucciones fríamente, sin mostrar un ápice de sentimentalismo, como un general enviando a la muerte a sus hombres. «Estaba en pie tras la mesa de la pequeña sala de conferencias del búnker, con

⁶ Heinz Linge, *With Hitler to the End: The Memoirs of Adolf Hitler's Valet*, Frontline Books, Chicago, 2013.

⁷ Hans Baur, *I was Hitler's Pilot: The Memoirs of Hans Baur*, Frontline Books, Chicago, 2013.

También debía redactarse su testamento político y su testamento personal. Formalizar ante testigos ambos documentos y ponerlos en manos seguras que pudieran sacarlos de Berlín. Hitler, el juez supremo de la vida y la muerte de millones de seres humanos, no quería dejar nada al azar.

En la tarde del domingo 29 de abril, el propio Führer anunció que su boda con *fräulein* Braun sería aquella misma noche. Joseph Goebbels recordó a su jefe que su matrimonio con Magda lo había celebrado un juez de paz llamado Walter Wagner. Miembros de las SS no lo encontraron en su domicilio, sino en una trinchera en la cercana Friedrichstrasse, combatiendo contra la vanguardia soviética en una unidad de la *Volkssturm*.

Rochus Misch, uno de los últimos miembros del personal de la Cancillería en abandonar el búnker, afirmó en sus memorias que Wagner tuvo que regresar a su domicilio para recoger un certificado de matrimonio y retornar a *Ciudadela*, bajo el intenso fuego de la artillería soviética⁸. Cuando Walter Wagner llegó al búnker, Hitler y Eva Braun se encontraban ya esperándole. Los dos testigos de boda fueron Joseph Goebbels, por parte de Hitler, y Martin Bormann, por parte de Eva Braun. Sus datos quedaron también registrados en el certificado de matrimonio.

Tras las preguntas de rigor, el juez de paz dijo: «Puesto que ambos contrayentes han declarado sus intenciones declaro que este matrimonio es legal ante la ley». Seguidamente contrayentes y testigos firmaron el certificado. Como curiosidad, cabe decir que Eva comenzó a firmar con su apellido de soltera, Braun, pero al darse cuenta tachó la letra B que ya había escrito en el documento y escribió «Hitler geb. Braun». Cuando los cuatro personajes estamparon su firma, Walter Wagner escribió la fecha 29 de abril, pero estaba equivocada ya que eran las 00:25 del día 30 de abril⁹. Una vez acabada la ceremonia el juez de paz fue devuelto a su trinchera en la Friedrichstrasse y jamás volvió a saberse de él a pesar de que el Smersh soviético lo buscó por todo Berlín tras el fin de la contienda a fin de que declarase sobre lo ocurrido aquella noche en el búnker.

⁸ Rochus Misch, *Hitler's Last Witness: The Memoirs of Hitler's Bodyguard*, Frontline Books, Chicago, 2014. [*Yo fui guardaespaldas de Hitler. 1940-1945*, Taurus, Madrid, 2006].

⁹ Documento 2. Reproducido en el Archivo de documentos.

Durante unos minutos, tras la ceremonia, la pareja de recién casados salió al pasillo principal para recibir las felicitaciones de los pocos oficiales, secretarías y asistentes que aún quedaban en el búnker. Eva estaba radiante a pesar de los acontecimientos que se vivían unos metros más arriba de donde se encontraba. Los oficiales daban un pequeño taconazo y besaban la mano de la novia. Las mujeres le daban un beso en la mejilla. Ahora en su dedo anular la señora Hitler portaba un fino anillo de oro. Lo más curioso de todo es que los anillos de boda habían sido encontrados en una caja fuerte de las SS, según declaró Rochus Misch, y probablemente pertenecerían a judíos muertos en algún campo de concentración.

Al banquete de bodas asistieron Martin Bormann, Joseph y Magda Goebbels, el general Hans Krebs, el general Wilhelm Burgdorf, las dos secretarías de Hitler, Traudl Junge y Gerda Christian, y la cocinera del Führer, Constanze Manziarly. Todos brindaron con champán por los novios. Hitler tomó la palabra y recordó la boda de su ministro de Propaganda. «Fue un día feliz. Ahora todo ha terminado. La muerte será un alivio para mí. He sido engañado y traicionado por todos», dijo Hitler¹⁰. Los Goebbels intentaron animarle pero Hitler, según declaró su mayordomo y escolta Heinz Linge, había entrado ya en una profunda depresión¹¹.

El mayor de la Waffen-SS Otto Günsche y miembro de la 1.ª División SS-Panzer *Leibstandarte SS Adolf Hitler*, y el coronel Nicolaus von Below, oficial de enlace entre la Luftwaffe y Hitler, fueron también invitados a brindar por los recién casados. Tras recibir el saludo personal de Hitler, este pidió a su secretaria Traudl Junge que le acompañase a su despacho para acabar el trabajo que habían iniciado aquella mañana. Hitler le había estado dictando su testamento personal en el que explicaba por qué había decidido contraer matrimonio con Eva Braun y también por qué había decidido morir junto a ella. En el texto escrito por la fiel Junge, Adolf Hitler decidía sobre algunos legados¹².

¹⁰ Traudl Junge, *Until the Final Hour: Hitler's Last Secretary*, Arcade Publishing, Nueva York, 2005. [*Hasta el último momento. La secretaria de Hitler cuenta su vida*, Quinteto, Barcelona, 2005].

¹¹ Heinz Linge, *With Hitler to the End: The Memoirs of Adolf Hitler's Valet*, Frontline Books, Chicago, 2013.

¹² Robert Payne, *The Life and Death of Adolf Hitler*, Brick Tower Press, Nueva York, 2014. [*Vida y muerte de Adolf Hitler*, Bruquera, Barcelona, 1974].

El historiador Robert Payne, que había conseguido reunirse con Hitler y Rudolph Hess en 1931, aunque en su libro *The Life and Death of Adolf Hitler* sigue la línea de acontecimientos marcada por Hugh Trevor-Roper, se hace muchas e interesantes preguntas con respecto al testamento personal del Führer en el que se dejaba sin respuesta innumerables interrogantes. Pedía que se permitiese a sus parientes vivir según su posición «burguesa». Lo cierto es que Payne analiza el texto enumerando las omisiones y vacilaciones y en donde Hitler habla siempre de «mi trabajo al servicio del pueblo». Legaba su colección de arte a la ciudad de Linz y el resto, a sus colaboradores más cercanos y a sus pocos parientes, sus hermanastros Alois Hitler y Angela Raubal. Su hermana Paula había desaparecido hacía ya tiempo en Viena.

Su testamento político es más cuidado. Más que un documento de últimas voluntades políticas, el documento era un último discurso que debería leerse después de haber desaparecido entre las cenizas de la historia. «Los judíos, y solo los judíos, eran el enemigo, y emplazo a las generaciones venideras a recordar los crímenes que habían cometido contra Alemania». Según el mismo documento Hitler jamás había deseado la guerra. La había impuesto el judaísmo internacional. Otros culpables de la guerra eran los ingleses, a los que Hitler acusaba de haber rechazado maliciosamente sus propuestas de paz. En resumen, Adolf Hitler quería aparecer ante el mundo y ante la historia como un pobre hombre inocente arrastrado por los acontecimientos. Llegaría el día en que esta guerra de seis años sería recordada como «la manifestación más valiente y gloriosa de la voluntad de vivir de un pueblo».

Hitler escribió que moriría con «el corazón gozoso» porque reconocía los inconmensurables logros de los soldados alemanes en el frente, y la contribución única de las Juventudes Hitlerianas, «la juventud que lleva mi nombre». Escribió también que «prefería morir a caer en manos de enemigos que para deleite de las masas rebosantes de odio requieren un nuevo espectáculo promovido por los judíos». Hasta el final del texto, Hitler una y otra vez atacaba y lanzaba insultos contra los judíos que «un día tendrían que pagar por la sangrienta lucha que ahora se aproxima a su fin». Desde su guarida subterránea a quince metros de profundidad bajo el suelo de Berlín, clamaba venganza contra los judíos, y hablaba de los rusos, estadounidenses y británicos que habían conseguido hacer retroceder a la Wehrmacht hasta sus propias fronteras.

El Reich de los Mil Años había desaparecido, el Partido Nacionalsocialista también. Expulsó del partido a Goering y a Himmler por sus traiciones. En su lugar, y aún como jefe del Estado alemán, nombró a Paul Giesler, ministro del Interior del Reich, y a Karl Hanke, Reichsführer de las SS y jefe de la policía alemana. La misión más difícil recaería sobre Joseph Goebbels y Martin Bormann, a los que consideraba sus sucesores directos. Para ellos tenía reservada la misión de continuar su lucha a pesar de que ambos le habían indicado su clara intención de morir junto a él. «Gracias a su trabajo y lealtad seguirán siendo mis compañeros después de mi muerte, del mismo modo que mi espíritu permanecerá con ellos y siempre les acompañaré», escribió el propio Führer.

A las 4 de la madrugada del 30 de abril de 1945, Traudl Junge terminó las copias del testamento privado, que constaba de tres páginas, y del político, de diez. Hitler llamó a Bormann, Goebbels y Von Below para que actuaran de testigos en el primer documento. Bormann, Burgdorf, Krebs y el doctor Fuhr actuaron como testigos del segundo. Poco después de las 4, Hitler y su esposa Eva se acostaron. Su noche de bodas iba a convertirse en la noche de su muerte. Joseph Goebbels y su esposa Magda también habían decidido suicidarse, no sin antes matar a sus seis hijos. Cuando el ministro de Propaganda terminó de dictar el documento en el que explicaba por qué iba a seguir los pasos de Hitler, eran las 5:30 de la mañana del día 30. Era evidente que Joseph Goebbels se consideraba el primer lugarteniente del Führer y deseaba ardientemente que esta unión perdurase en la historia.

En el mismo momento en el que Goebbels firmaba el apéndice al testamento político de Hitler, Martin Bormann hacía la lista de las personas a quienes se debía enviar una copia del testamento político. La primera copia y más importante, al gran almirante Karl Doenitz, que en pocas horas iba a convertirse en el nuevo jefe del Estado alemán. El coronel de las SS Wilhelm Zander era el responsable de entregar la copia del documento a Doenitz, en su cuartel general en Plön, en la costa báltica¹³.

El lunes 30 de abril, Hitler se despertó sobre las 11 de la mañana. Se lavó, afeitó y vistió su uniforme de gala para presidir la reunión

¹³ Robert Payne, *The Life and Death of Adolf Hitler*, Brick Tower Press, Nueva York, 2014. [*Vida y muerte de Adolf Hitler*, Bruquera, Barcelona, 1974].

con sus jefes militares. Antes de entrar en la pequeña sala de conferencias aprobó el plan de Bormann de enviar a Zander con el mensaje para Doenitz. Curiosamente ninguno de los tres mensajeros (Wilhelm Zander, Heinz Lorenz, vicesecretario de prensa de la Cancillería, y Willy Johannmeier, enlace de Hitler con la Wehrmacht) llegó a su destino con los importantes documentos. Tras salir del búnker los tres desaparecieron de la escena hasta que fueron detenidos por los estadounidenses y británicos tras el fin de la guerra¹⁴.

El tema tratado por Hitler y sus generales fue la defensa de la Cancillería y las famosas divisiones desaparecidas. Krebs informó que las líneas soviéticas habían sobrepasado Charlottenburg y avanzaban hacia el interior de Grönewald, en el sector sudoeste de Berlín. Tampoco se tenían noticias del ejército del general Wenck. Se enviaron tres mensajeros con la orden a Wenck para que sus ejércitos intentaran romper el cerco de la capital del Reich. En la conferencia de las 16:00 horas, ya solo se habló de lo cerca que estaban los soviéticos.

Esa misma tarde Hitler envió su último mensaje transmitido desde el búnker al mariscal Wilhelm Keitel, comandante en jefe del Ejército alemán.

El pueblo y las Fuerzas Armadas lo han dado todo en esta larga y difícil lucha. El sacrificio ha sido enorme. Pero muchos han abusado de mi confianza. La deslealtad y la traición han minado la resistencia durante toda la guerra. Por esta razón no me ha sido posible llevar al pueblo a la victoria.

El Estado Mayor del Ejército no puede compararse al Estado Mayor de la Primera Guerra Mundial. Sus éxitos han sido muy inferiores a los del frente de combate.

Los esfuerzos y sacrificios del pueblo alemán en esta guerra han sido tan grandes, que no puedo creer que se hayan hecho en vano. El objetivo debe seguir siendo ganar territorio en el Este para el pueblo alemán.

Más tarde se comenzaron todos los preparativos para la muerte. Primero Hitler decidió que para ello utilizaría un revolver y se dispa-

¹⁴ Rochus Misch, *Hitler's Last Witness: The Memoirs of Hitler's Bodyguard*, Frontline Books, Chicago, 2014. [*Yo fui guardaespaldas de Hitler. 1940-1945*, Taurus, Madrid, 2006].

raría en la boca y hacia arriba, al cerebro. Mientras, confesó a su piloto Hans Baur que tenía miedo a ser gaseado y caer en manos soviéticas. «Los rusos saben perfectamente que estoy en el búnker. Me temo que usarán bombas de gas. Durante la guerra fabricamos un gas que mantenía a un hombre dormido durante veinticuatro horas. Nuestro servicio de inteligencia me dice ahora que lo rusos también tienen ese gas. Es imposible calcular las consecuencias si me capturan», dijo Hitler a su fiel piloto¹⁵.

Después hizo venir desde la enfermería de la Cancillería al doctor Werner Haase y le preguntó sobre los venenos más potentes y efectivos. Para hacer una prueba, Hitler hizo envenenar a su adorada pastora alemán, Blondi. El experimento fue un éxito. Blondi murió de forma instantánea. Sobre las 21:00 horas, Radio Estocolmo transmitió el 28 de abril la noticia de la ejecución de Benito Mussolini por partisanos y cómo su cuerpo y el de su amante Clara Petacci habían sido colgados para exhibición pública en una plaza de Milán.

Hitler decide enviar un mensaje desesperado al general Walther Wenck con preguntas claras: ¿Cuándo atacará? ¿Dónde está el IXº Ejército? Poco después llegó la respuesta: «Wenck ha sido detenido al sur del lago Schwielow. El XIIº Ejército es incapaz de continuar el ataque sobre Berlín. Mientras tanto, el grueso del IXº Ejército está cercado. No se hace, ni se hará nada para salvar Berlín». El general Helmuth Weidling, comandante en jefe de la defensa aérea de Berlín, anunció que las primeras líneas soviéticas llegarían a las puertas del búnker como muy tarde en la mañana del 1 de mayo.



Cadáveres de Mussolini y Petacci en la morgue de Milán. Fotografía de Morris Berman, miembro de la Inteligencia Militar Estadounidense

¹⁵ Hans Baur, *I was Hitler's Pilot: The Memoirs of Hans Baur*, Frontline Books, Chicago, 2013.

Sobre las 14:30, Hitler almorzó con sus dos secretarías Traudl Junge y Gerda Christian y su cocinera Constanze Manziarly. El almuerzo consistió en un plato de espaguetis. Nadie pronunció palabra alguna y es que en realidad ya no quedaba nada que decir. Antes de levantarse de la mesa, Hitler ordena a Junge que quemara todos los papeles que todavía quedan en el búnker, sin olvidar las notas taquigráficas de su testamento personal y político, y las actas de las reuniones del propio Führer con sus comandantes durante los últimos días. Seguidamente se levanta de la mesa y se retira hacia sus aposentos con el fin de reunirse con su esposa.

Minutos después hace llamar a Otto Günsche, su ayuda de cámara. La conversación a puerta cerrada dura aproximadamente media hora. Günsche ingresó en las Juventudes Hitlerianas en 1931 y en 1934, debido a su corpulencia, su elevada estatura (1,99 cm) y su pinta de boxeador, es reclutado por la división *Leibstandarte Adolf Hitler* de las SS, la guardia pretoriana del Führer. El edecán sale de las estancias de Hitler con rostro pálido y se dirige a la centralita telefónica del búnker, donde se encuentra Rochus Misch y a través del teléfono pide a Erich Kempka, el chófer personal de Hitler durante los últimos catorce años y jefe del parque móvil de la Cancillería, que le lleve varios tanques de combustible. En total doscientos litros. Los hombres de Kempka debían dejarlos en la misma puerta del búnker, en el jardín de la Cancillería. Después de la conversación, corta la comunicación. Minutos después, el búnker comienza a ser inundado por un fuerte olor a gasolina. Según declaración del propio Kempka, al principio se tomó la petición como si fuera una broma, pero el tono de Günsche indicaba que la orden iba en serio¹⁶. Kempka solo consigue 180 litros distribuidos en once latas de cuatro galones y medio cada una.

En el interior del búnker queda ya poca gente. Cinco mujeres: Magda Goebbels, las secretarías Traudl Junge y Gerda Christian, la cocinera Constanze Manziarly, y Else Krüger, secretaria de Martin Bormann. También una docena de hombres: Martin Bormann; Joseph Goebbels; los generales Wilhelm Burgdorf y Hans Krebs; el almirante Erich Voss; Walter Hewel, representante de Ribbentrop

¹⁶ Henrik Eberle y Matthias Uhl, *El Informe Hitler. Informe secreto del NKVD para Stalin, extraído de los interrogatorios a Otto Günsche, ayudante de Hitler y Heinz Linge, su ayuda de cámara*, Tusquets Editores, Barcelona, 2008.

en la Cancillería; Johann Rattenhuber, jefe de seguridad de Hitler; Werner Naumann, del ministerio de Propaganda; Otto Günsche y Heinz Linge; y Erich Kempka, chófer de Hitler. Todos están formados a lo largo del estrecho pasillo del búnker.

En ese momento, Hitler y su esposa Eva aparecen en escena y comienzan a estrechar la mano de cada uno de ellos. Es la despedida. Eva Hitler tiene el rostro pálido, pero mantiene un perfecto autocontrol. Besó a las mujeres en las mejillas y estrechó la mano a los hombres. Hitler en cambio, como si de un autómata se tratara, estrechó la mano a todos¹⁷.

Después de la despedida, la pareja regresó a la pequeña antesala de sus dormitorios en aquel sótano que se había convertido en una ratonera. Otto Günsche tenía la orden expresa de Hitler de no dejar entrar a nadie hasta que no hubiera sucedido el acto final. Heinz Linge se situaba a su lado, a fin de ayudar a Günsche, por si alguien quería acceder a las estancias de Hitler. Repentinamente se produjo un pequeño tumulto cuando Magda Goebbels corrió hasta la puerta y exigió a Günsche que le permitiera ver al Führer. Deseaba convencerle para que no se suicidase. El duro oficial de las SS le impidió el paso pero ante la insistencia de ella, decidió abrir la puerta y preguntar a Hitler si deseaba recibirla. «No quiero verla», fue la respuesta. Hitler se encontraba de pie delante del retrato de Federico el Grande. Günsche no pudo ver a Eva que debía de encontrarse en el baño. Oyó correr el agua.

Otto Günsche volvió a cerrar la puerta y esperó. «Fue un suicidio extrañamente burgués», diría Günsche a sus interrogadores del NKVD soviético. «No se oyeron voces, ni siquiera el sonido de un disparo», diría Linge a los agentes soviéticos. Incluso Heinz Linge recordaba en su biografía *With Hitler to the End: The Memoirs of Adolf Hitler's Valet*, que con todos los nervios en tensión a la espera de un disparo, recordaba claramente que no supo de la muerte de Hitler hasta que percibió el vago olor y casi imperceptible de la pólvora. Lo más curioso de todo es que encontrándose en la misma puerta de las habitaciones de Hitler no oyera la detonación. Nuevamente el historiador y antiguo agente británico, Hugh Trevor-Roper,

¹⁷ Traudl Junge, *Until the Final Hour: Hitler's Last Secretary*, Arcade Publishing, Nueva York, 2005. [*Hasta el último momento. La secretaria de Hitler cuenta su vida*, Quinteto, Barcelona, 2005].

lo explica «asegurando» que Hitler habría envuelto el revólver, una Walther 7.65 mm, en una toalla para ahogar el sonido. Curiosamente, ningún testigo directo del suicidio de Adolf Hitler da este dato. Solo el historiador británico Rochus Misch, que también estaba en el interior del búnker, afirma que él no había oído los disparos. Pero sigamos con la historia oficial.

Cuando Günsche y Linge entraron en la estancia, encontraron a Hitler sentado en un sofá, doblado sobre sí mismo y con los brazos caídos. Tenía la boca abierta y desde su cabeza goteaba sangre sobre la mesa para ir a caer después sobre la alfombra. Se había disparado directamente en la boca. Cerca de él había una Walther. Eva estaba a su lado acurrucada en el sofá con las rodillas casi tocando su pecho. Su boca estaba entreabierta y sus ojos vidriosos medio cerrados. A sus pies había una pistola Walther 6.35 mm sin disparar y no una 6.68 mm como asegura Trevor-Roper. Según dijo Günsche a sus interrogadores soviéticos, «el cuerpo de la señora Hitler olía a almendras amargas, el característico olor del ácido cianhídrico (cianuro)».

Goebbels, Bormann y Artur Axmann, jefe de las Juventudes Hitlerianas, entraron en la estancia y vieron los dos cadáveres del matrimonio Hitler. Tal vez para comprobar que con aquella imagen acababa aquel sangriento sueño del Reich de los Mil Años. Nuevamente, aquí las versiones vuelven a contradecirse. Robert Payne asegura que Hitler estaba abrazado al retrato de su madre, algo difícil de creer si pensamos en la versión de que se disparó en la boca. Trevor-Roper, sin embargo, no habla de este detalle, ni de pasada.

Günsche, Linge, Kempka y un soldado desconocido de las SS, envolvieron el cadáver de Hitler en una manta de color gris (o una alfombra, según Linge), ascendieron los cuatro tramos de escaleras y salieron al exterior. Martin Bormann hizo lo propio con el cuerpo sin vida de Eva Braun. La cogió en brazos, se la entregó a Kempka y este la sacó al exterior, al jardín de la Cancillería que se encontraba lleno de escombros. «Vi cómo sacaban el cadáver del Führer, pero solo vi sus zapatos sobresaliendo de la manta», declararía Misch al ser preguntado si pudo ver el rostro de Hitler muerto. Traudl Junge aseguró que jamás vio el cadáver de su jefe y que se enteró de su muerte por Otto Günsche. Gerda Christian dijo que no oyó el disparo y que tampoco supo que Hitler se había suicidado. La secretaria de Hitler se enteró de la muerte del Führer por boca de Heinz



Corresponsales en el búnker buscando evidencias de la muerte de Hitler

Linge. Lo cierto es que ninguna de las dos secretarías de Adolf Hitler supieron cuándo o cómo se suicidó su jefe a pesar de que ambas se encontraban en el interior del búnker, ni oyeron el supuesto disparo que acabó con la vida del Canciller, pero Michael Musmanno afirma que «desde el interior del despacho de Hitler se escucha el penetrante e intenso *staccato* de un disparo de pistola». ¿Realidad o libertad literaria?¹⁸

Los dos cuerpos fueron colocados en el cráter abierto por una bomba. Seguidamente alguien abrió los tanques de combustible y arrojó el líquido, en total 180 litros, en el interior. Los dos cuerpos quedaron completamente empapados por el líquido inflamable. Aquí las fuentes tampoco se ponen de acuerdo. El historiador Robert Payne afirma que «a los diez minutos de su muerte ya estaban ardiendo», pero sin decir quién encendió la improvisada pira funeraria. Hugh Trevor-Roper afirma que posiblemente alguien arrojó una cerilla des-

¹⁸ Michael A. Musmanno, *Ten Days To Die: the authoritative and dramatic story of Hitler's mad finale told for the first time in this sensational account drawn from direct eye-witnesses*, Doubleday, Nueva York, 1950.

de la entrada del búnker. Según Musmanno, entre el «fuego de la batalla, ante el que Hitler ha retrocedido en vida, viene a encontrarle en la muerte», y es el propio Otto Günsche quien enciende un trapo empapado en gasolina, lo enciende y lo arroja dentro del cráter.

Cuando se extinguieron las llamas, alguien echó más gasolina sobre lo que quedaba de los restos. La carne se fundió, pero los huesos eran aún visibles entre las llamas. Durante más de dos horas y media, las llamas devoraron los restos. A las 16:00 ambos cuerpos humeaban a causa de la enorme temperatura. A las 17:00, la carne ya se había consumido por completo, incluidas las extremidades inferiores del cuerpo. A las 18:00 horas, en las formas de Eva Hitler todavía se podía identificar las de un cuerpo femenino. Sobre las once de la noche del día 30 de abril, varios hombres (aquí ningún historiador los identifica), liderados por el general de las SS Johann Rattenhuber, jefe de escoltas de Hitler, recogieron las cenizas y las enterraron en alguna otra parte del jardín de la Cancillería¹⁹. Esta historia es citada por Robert Payne en su libro, mientras que Hugh Trevor-Roper dice que Günsche aseguró que «las cenizas fueron recogidas en una caja y sacadas de la Cancillería».

La batalla por Berlín duraría desde el 16 de abril hasta el 2 de mayo de 1945. En dicha ciudad se combatió palmo a palmo, calle por calle, casa por casa, edificio por edificio.

Miles de civiles y militares encontrarían la muerte. Para hacerse una idea de la magnitud de la operación militar, los soviéticos lanzaron casi un millón ochocientos mil obuses sobre la ciudad. La capital del Reich se fue convirtiendo en una ruina, un cúmulo de escombros. Los edificios ardían y caían sobre la gente que se había refugiado en su interior. El humo, que hacía casi imposible respirar, había teñido el cielo de un intenso color grisáceo. Además de los militares, cerca de cien mil civiles alemanes cayeron bajo el fuego soviético. Por su parte, se calcula que Zhukov perdió entre cien mil y doscientos mil hombres. A medida que avanzaba la vanguardia soviética, se calcula que llevaron a cabo cerca de ciento treinta mil violaciones. De esta forma las tropas de Stalin se vengaban de los efectos dejados en la URSS por los militares alemanes tras el inicio de la Operación *Barbarroja*, el 22 de junio de 1941.

¹⁹ Robert Payne, *The Life and Death of Adolf Hitler*, Brick Tower Press, Nueva York, 2014. [*Vida y muerte de Adolf Hitler*, Bruguera, Barcelona, 1974].



Lugar donde se quemaron los cuerpos de Hitler y Eva Braun



Depósitos de gasolina para quemar los cuerpos de Hitler y
Eva Braun

Hasta el 30 de abril, día en el que Hitler supuestamente se suicidó, los Aliados esperaban poder juzgarlo como criminal de guerra. La perspectiva era interesante, porque se trataba del hombre más odiado del mundo. «Algún día tendrán que reconocer que Hitler era un genio, aunque un genio del mal», dijo Hjalmar Schacht, ministro de Economía del Reich, a sus interrogadores en Núremberg²⁰. El asunto de juzgar a Hitler fue uno de los delicados temas tratados



Ilustración del *Free World*

²⁰ Richard Overy, *Interrogatorios. El Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets, Barcelona, 2003.

por el Departamento de Guerra estadounidense cuando a finales de 1944 comenzaron a plantearse en serio los procesos por crímenes de guerra. Una ilustración publicada en el diario *Free World*, en abril de 1945, mostraba claramente el miedo de los Aliados a poner a Hitler ante un tribunal internacional que debería juzgarlo por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Arriba se puede ver una fila de jueces mirando hacia el centro de la sala de un tribunal donde periodistas y cámaras de televisión se agolpan alrededor de un Hitler lanzando arengas ante los micrófonos de la CBS y NBC, y con Goebbels, Goering, Himmler y Ribbentrop levantando su pulgar en señal de aprobación. Su suicidio o huida simplificó enormemente el proceso a otros líderes nazis y sin duda suavizó la situación política que iba a comenzar a vivirse en una Europa cubierta de escombros y escenario de una Guerra Fría que iniciaba sus primeras escaramuzas.

El fantasma de Adolf Hitler sobrevolaba los preparativos de los Juicios de Núremberg. No existía ninguna certeza de que el Führer se hubiera suicidado. Las unidades del ejército soviético descubrieron el 4 de mayo en una fosa excavada en el jardín de la Cancillería los cadáveres calcinados de Hitler y Eva Braun. ¿Pero eran realmente los restos de Hitler y su esposa? Un oficial del Smersh, el contraespionaje militar, se presentó el 5 de mayo y sin mediar palabra incautó todo el material documental y los restos óseos encontrados en el jardín de la Cancillería. El historiador Robert Payne afirmó en 1983, año de su muerte, que no creía que los soviéticos hubieran hallado los restos calcinados de Hitler y Eva Braun, ya que nunca presentaron evidencia alguna. Curiosa afirmación viniendo de un historiador que para escribir su ensayo se había guiado tan solo por lo afirmado por otro historiador (Hugh Trevor-Roper) sin comprobar ninguno de los datos presentado por este.

El Tercer Reich terminó sus días en el horror y la desesperación de millones de personas, pero ni los alemanes, ni sus enemigos aprendieron la lección. La subida de Hitler al poder coincidió con el invento de la radio, barata y de fabricación masiva, que le convirtió en una presencia constante en los hogares de todos los alemanes. Los historiadores coinciden en afirmar que tal vez hubiera logrado dominar igualmente a Alemania sin las ventajas de un control absoluto sobre las emisoras alemanas, pero sin estas ventajas no hubiera podido establecer con tanto éxito su régimen totalitario. Su poder

era tal que el pueblo alemán llegó a perder su propia identidad y absolutamente todos los alemanes (menos una perseguida y aniquilada minoría) se convirtieron en pequeños *hitlers* actuando bajo la sombra del gran líder. Realmente Hitler odiaba al pueblo alemán debido a que los veía tan solo como un instrumento más de su voluntad. Lo cierto es que los alemanes que lucharon limpiamente, dentro de unos criterios democráticos, contra Hitler y su régimen, pueden contarse con los dedos de una mano y la mayor parte de ellos formaban parte de la Rosa Blanca liderada por los hermanos Sophie y Hans Scholl. Tanto es así que se ha puesto el nombre de Georg Elser —un carpintero tranquilo, reservado y con cierto retraso mental, que puso la bomba en la cervecería *Bürgerbräukeller* de Múnich, para acabar con la vida de Hitler en noviembre de 1939— a una plaza en esa ciudad, en homenaje a este «símbolo de la resistencia antinazi»²¹.

El gran historiador Allan Bullock, en su magnífica obra *Hitler y Stalin. Vidas Paralelas*, afirma que «nunca se espera la verdad de los políticos o de los soldados. Tienen que mentir por la misma naturaleza de sus profesiones. Hitler, político y soldado a la vez, mintió más que la mayoría y con más éxito»²². Armado con la perfecta maquinaria de la destrucción se embarcó en conquistas tan atrevidas que incluso su propio Estado Mayor (OKW) se asustó y le previno contra una extensión exagerada de sus recursos militares. Sin duda estuvo a punto de lograr casi todos sus objetivos y, de no haber sido por unos pocos errores, podría haber conquistado el mundo y fundado un gran imperio germánico. En el corto espacio de tiempo que dirigió los destinos de Alemania, consiguió acabar con la vida de veinticinco millones de rusos, doce millones de alemanes y seis millones de judíos de diferentes nacionalidades, sin contar los millones de muertos en los países ocupados por la Wehrmacht.

Realmente él no tenía conciencia de los sufrimientos, en parte por su propia actitud y en parte por la de la gente que le rodeaba. Jamás visitó un hospital de heridos de guerra. Jamás asistió a un funeral. Incluso cuando viajaba en tren, cerraba las cortinas para no tener que ver las ciudades alemanas bombardeadas.

²¹ Roger Moorhouse, *Matar a Hitler: conspiraciones y atentados contra el Führer*, Debate, Barcelona, 2008.

²² Allan Bullock, *Hitler And Stalin: Parallel Lives*, Knopf, Nueva York, 1992.

Una vez, Adolf Hitler dijo a su secretario Martin Bormann que él vivía según unos versos hallados en los *Edda* nórdicos. Estos versos decían: «Todo pasará, nada permanece excepto la muerte y la gloria de los hechos», pero lo cierto es que en sus hechos no hubo ninguna gloria, solo muerte, vergüenza, destrucción, hambre y terror. Adolf Hitler, mejor que nadie, representó el Caballo Rojo, de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, montado por el jinete de la guerra: «Entonces salió otro caballo, rojo; al que lo montaba se le concedió quitar de la tierra la paz para que se degollaran unos a otros; se le dio una espada grande».